PREMIO DE RELATO CORTO

Excmo. Colegio Oficial de Médicos de la Provincia de Cádiz

Azabache

Lema: Tramontana

Retener las perlas con las manos titubeantes; en la derecha, el hilo ensartado en una aguja, no muy gruesa para no resquebrajar la oscura fragilidad de la piedra. En la izquierda, el agujero estremeciéndose entre el resplandor plateado. Y el cuidado del niño que siempre intenta, con todas sus fuerzas, la perfección de la gesta... para acabar como torpes aprendices de costureras sorbiendo la sangre del dedo índice con los labios en forma de beso.

Recuerdo los días que siguieron a la muerte de Paquita como los días de azabache. Se optó por salvar algunas de sus pobres pertenencias haciendo hueco entre los baúles del cuarto trastero. Para nosotros, niños, fue una auténtica fiesta. El verano, que ya hacía arder los pretiles, y los ladrillos pintados de un inmaculado y cegador blanco permitieron que la mudanza se realizara en el descansado plazo de unas dos semanas. Entonces, todos los rincones se poblaron. Teníamos la casa de muñecas más grande que pudiésemos imaginar. La azotea del gato era el recibidor. Buenos días.

Un viejo, más que antiguo, perchero con un espejo inservible incluso para los inagotables rayos de luz, nos servía esplendorosamente para tener a mano todos los bolsos y bolsitas en que escondíamos nuestras más preciadas pertenencias. Algunos, muy desgastados, los dejábamos vacíos, pues creo recordar que olían a naftalina y a cucarachas, pero eran imprescindibles para simular salidas a la plaza del mercado o visitas a numerosas amigas imaginarias, cada una con su atuendo, por supuesto. En el recibidor, a pesar de la asoladora sequía, lucía orgulloso una buena selección de macetas floridas, casi todos geranios mariposa con sus flores desplegadas de dos o tres colores. El ambiente tan acogedor era facilitado también

por dos butacas a las que habíamos disimulado el sucio y desgarrado forro con unas auténticas maravillas, un doble par de cojines orientales negros con dibujos de pagodas y templos, con el relieve preciso del bordado en alegres tintas multicolores. En la pequeña silla de enea, Begoña, una gran muñeca casi a punto de desarrollarse, ostentaba toda nuestra colección de collares como una virgen lista para la salida ceremonial. “Qué guapa estás, ¿quieres merendar con nosotras?”. La mayoría de las veces este ritual no era en absoluto una lúdica simulación, pues desde la cocina nos subían, en bandeja, pan con chocolate, leche, bollitos de canela... A la merienda invitábamos a todas las amigas y conocidas, que acomodábamos entre el sinfín de muñecas que también, e ignoro cómo, lográbamos sentar para el festival. A veces pasábamos al rincón umbrío de la azotea de la calle, el esplendoroso salón de la casa. Un precioso tú y yo con tapicería en tonos azules y borlones dorados perfilando todo el remate de la tela era la pieza más valiosa. Ahí solían caber todas las invitadas mientras nosotras nos arropábamos las dos juntas en una butaca rechoncha y dura, pero majestuosa, y utilizábamos una mesita de noche con tapa de mármol rojo con vetas blancas como apoyo. Apoyábamos las bandejas sobre centros de hilo bordados con encajes y desconocidas iniciales. Un mantel de croché, más bien sería para una mesa camilla, se colocaba ya entre sol y sombra como tapete. Tenía el inconveniente de que cuando nos levantábamos, luego de haber permanecido horas sentadas entretenidas en asombrosas conversaciones, llevábamos grabadas en el cuerpo, durante el resto del día, sus grandes flores de punto.

Al caer la tarde, los rayos más inclinados alcanzaban todos los rincones del salón, y los collares de azabache sobre el cuello de Begoña empezaban a recobrar la vida, destellos de luz de arcoiris que el negro de las perlas permitía escapar como agujeros negros del universo descubiertos y obligados a desprenderse de parte de su energía. Es la magia que esconde el azabache, y María y yo lo sabíamos: las perlas ensartadas con cuidadoso esmero poseían, cuando el sol las alcanzaba, el poder de transformar cosas en personas y, obviamente, personas en objetos. No siempre, por esa razón, teníamos el valor de ponernos los collares.

¿Qué pasaría si me convirtiese en una lámpara sin cable, o en una sábana sin estrenar? Lo interesante es ser zapatos, para poder viajar, y gafas, para mirar dentro de los ojos, o en un libro, para que revelara el secreto para encontrar el alma o transformarse en lo más anhelado: un cometa con cola de colores, reforzado para aguantar las constantes embestidas del viento.

Mientras rige el proceso creativo, no hay peligro, es decir, mientras las perlas están sueltas, no poseen poder, lo adquieren tras ser traspasadas por el hilo y lo centuplican cuando el círculo de pulsera, anillo o collar se cierra con un broche o con un nudo.

El cuarto de las labores de reconstrucción lo situamos en el sitio más cómodo, aunque el menos tranquilo, justo al lado de la puerta del trastero. La tarde lo convertía pronto en sombrío y muy fresco y era el más adecuado para los trabajos de costura, pintura o restauración. No era muy amplio: un limonero con sus espinas impedía utilizar el ángulo y para formar una especie de corredor hacia el recibidor, se había colocado una cómoda con los cinco cajones totalmente

desencajados. Parecían bocas escupiendo trapos, con olor a humedad y a escarabajos. Nunca acabábamos de buscar reliquias a escondidas y a oscuras y, a lo más, tras una hora de trabajo, conseguíamos encontrar una medallita con una virgen o un viejo escapulario o ya, amparados por una suerte infinita, un rosario roto. Había muebles en que fisgonear, cajones por vaciar y trajes que probar y lencería obsoleta, y bolsos, cajas de cartón aún amarradas y bolsillos de delantales con encajes, y metros de tiras bordadas y botones sueltos y una infinidad más de maravillosos objetos con encanto y misterio. Hacia la zona de servicio accedíamos sorteando ya con descuido todos los viejos baúles.

Puesto que carecíamos de una mesa de centro, utilizamos un par de cajones al revés, y, de tapa, los restos de un tapiz enmarcado sobre madera. El efecto era asombroso, pero nada versátil, puesto que no había manera de sujetar el tapiz a los cajones, y hasta el viento amenazaba con dejarnos la mesa sin tapa, no servía para apoyar nada, pero no siempre la decoración ha de ser funcional. Más allá, muy cerca de la puerta de los lavaderos yacían, ya despojadas de toda vida, las pertenencias más personales de la pobre Paquita, sus gastados trajes, sus papeles, recuerdo haber entrevisto un cepillo plateado, un cesto con flores de seda cenicientas, un cuadrito con un paisaje lluvioso, y algunos fotos, retratos en blanco y negro de niños, probablemente imaginarios sobrinos, o parientes desapercibidos, porque todos decían que no tenía a nadie en el mundo. Pero estaba prohibido tocar esas cosas. Paquita no pertenecía a la familia: sus secretos, si es que tenía, no nos revelarían nada, sus cosas no se podían heredar, sólo ordenar, tirar, desgarrar, repartir, utilizar y... olvidar.

Todas las tardes, tras la merienda nos preguntábamos si tendríamos el valor de desafiar la magia del azabache. Tal vez ese jarrón de cristal con el asa encrispada en sus dos labios cortantes tras la ruptura y su majestuoso pájaro atrapado entre los colorines del vidrio de Murano es lo que queda de un antiguo desafío. Tal vez su pico amarillo quisiera contarnos una historia, tal vez sus alas recobrar el vuelo, tal vez su aspecto no tenga nada que ver con el hechizo.

Cucarachas brillantes se asomarían por las fisuras desconchadas dispuestas a emprender tares de exploración. Mueven las larguísimas antenas, tantean en busca de comida, pero qué puede haber entre enseres olvidados por el tiempo. Las cucarachas bajo la luna se confunden con los destellos de las bolitas de azabache. La noche las camufla y el resplandor plateado que reflejan las delata. Nosotras pensamos, a veces, que ellas mismas están hechas de azabache, perlas que en la noche cobran vida.

No puedo olvidar la tarde del 19 de julio porque ese día., sólo 11 días después de mi cumpleaños, aproximándose ya el anochecer estábamos recogiendo las cosas, pero el collar de Begoña destellaba con una intensidad inusitada, y varias veces me acerqué a sus perlas, el brillo qua anuncia la noche, los reflejos multicolores atrapando infinitos colores e infinitas posibilidades. Todos estaban en el piso de abajo, y la soledad y el silencio que encierra ese instante antes de la puesta de sol me infundieron el valor necesario o irresponsable. Despojé a Begoña de su joya y desafié el misterio del azabache. Cuando el collar quedó prendido de mi cuello sentí que la magia poseía realmente todo su poder, mi cuello casi no soportaba la carga, era como si de repente cada perla escondiera y soportara el peso

de todos los cuellos que la habían ostentado. Cada perla, todas las cincuenta y siete perlas de menor a mayor tamaño, todas juntas querían hablar, todas recordar luces de otros lugares o perfumes de exóticas esencias. Supe que ya no tenía vuelta atrás, dejaría de ser yo y me convertiría en lo que esas cincuenta y siete voces quisieran, y sé que lo que más quise retener fueron los pensamientos, si no puedo recordar o pensar, me transforme en lo que me transforme, no podré volver jamás a ser yo sin mis pensamientos y me tapé la cabeza con un pañuelo de seda negro con pequeños dibujos dorados formando enormes comas de cachemira, y mientras sujetaba y compactaba mis razonamientos el viento deslizó la seda sobre mis ojos, o fue el último rayo verde que el sol de ese anochecer dibujó en un instante en el cielo el ocaso.

Y sé que de repente no vi nada. El miedo y el temblor doblaron mi rodilla y me fui a dar con toda la barbilla sobre las losas anaranjadas y la más grande de todas las perlas, la que señalaba el centro de collar majestuoso se rompió y sus diminutos trocitos se mancharon de la sangre de los rasguños sobre mi mejilla y del corte limpio sobre el perfil del mentón. Tal vez el dolor o la sangre rompieron el hechizo y mi incipiente transformación quedó a medias o tal vez abortó sin premisas. Desde entonces he querido contar esta historia.

Por muchos que se escriba nunca surge el relato que buscamos. Todos mis cuentos son un pedacito de esa única historia que intento recordar y que el cristal roto de azabache robó de mis pensamientos cortando con perfiles de bisturí los lazos que unían la realidad a los sueños.